

Fragmentos del Sermón de un Laico al señor rey de los Ateos

Es necesario que el ateo ame su ateísmo

Aunque a mí me parece un total absurdo su doctrina, señor rey de los ateos, me parecería un absurdo mucho mayor el que usted no la amara; por no decir que si así fuera, usted sería más útil como un modelo de decepción y vergüenza para su pequeño pueblo, que como un gran ejemplo de reflexión y cambio para todo el mundo. Porque ¿qué opinión merece un hombre que habiendo elaborado con tanto cuidado y trabajo su propia regla de vida, mejorándola, defendiéndola, enseñándola y aplicándola con todo el rigor, la seguridad, el orgullo y el gusto posible, pueda al mismo tiempo no amarla? ¿Qué opinión si no la de que el tal muy seguramente debe ser un loco o un estúpido? Porque si no ama lo que con tanta insistencia e ímpetu declara, entonces está libre para callarse definitivamente cuando quiera, porque el amor encadena. Pero si insiste e insiste ie insiste! en hablar y defender con vehemencia aquello que no ama, entonces se hace a sí mismo un miserable preso y un esclavo de algo que, por falta de amor, no debe producirle más que odio, o a lo menos indiferencia. ¿Y qué calificativo más apropiado puede dársele a un hombre tan absurdo como este, que el de loco o estúpido? ¿Haber, cuál? ¿El de “intelectual”? Puf ipamplinas! Y si algún día decide salir de la celda que él mismo ha elaborado, en la cual permanece prisionero y cuya puerta siempre ha permanecido abierta ¿qué aplauso merece? Si solo era un hombre que estaba encerrado bajo su propia voluntad, consintiendo así su propia estupidez y riéndose de sus propias boberías. Pero si el hombre permaneciera encerrado en su propia celda por amor a lo que cree, o en su caso, por amor a lo que no cree, ¡ah, cosa distinta! Merecería menos de nuestro inmediato desprecio y más de nuestra detenida consideración; porque el amor, aunque encadena, también libera y satisface y llena.

Y si usted, señor rey de los ateos, me dijera: “Nosotros, los del reino ateo, no amamos el ateísmo pero sabemos que es verdad.” ¿”Verdad”? señor rey de los ateos, ¿”Verdad”? ¿No ha salido usted a cabalgar encima de su ligero protozoo por los pequeños alrededores de su palacio ubicado en “las Islas Afortunadas” donde nació, según el sabio Erasmo, “la estulticia” (la necedad) y lugar del cual él dijo, quizá por lo “afortunadas”: “todo crece espontáneamente y sin labor”? El suelo de este es tan inestable que apenas si soporta el peso de sus escasos habitantes es cosa que deben agradecer; y ha sido muy sabio de algunos de ellos espantar con sus furiosas groserías y altanerías a algunos peregrinos extranjeros confundidos o curiosos. Además es por esa misma razón que a nosotros, los creyentes, ya no se nos hace tan extraño ni nos causa tanto fastidio los molestos ruidos que todavía, y después de tan...tos siglos, los ingenieros más insignes de su nación hacen con sus herramientas verbales para tratar de darle estabilidad y consistencia. Es que la erosión cristiana, por ser tan poderosa, es cosa terrible ¡cierto! ¿O es que acaso la agricultura es la principal fuente de recursos económicos de su país? Porque si es así, tal ejercicio, aunque reconozco que desempeñado con gran talento y con mucho vigor, no les rinde muchos frutos, y menos cuando se compara con “la pesca”

principal actividad de nuestra nación cristiana (Mat.4:19) y tan generosa, que hasta los más corrompidos y apostatas cristianos piratas sacian sus redes y llenan sus barcos. Pero no así usted, señor rey de los ateos, quien puede decir con más propiedad, aunque por cuestiones totalmente distintas, lo que dijo Nehemías: “*me levanté...yo, y unos pocos hombres conmigo.*” (Neh.2:12). Eso por un lado, y por el otro: si no aman su forma de gobierno atea (porque “*no hay Dios*” es una ley decreta, escrita con autoridad en la bandera, en las puertas y en el “*corazón*” de su patria incrédula) digo entonces que si no aman el lema que los identifica y los rige, pero sin embargo se someten a el porque dicen que es verdad ¿Porqué entonces algunos de los suyos se jactan de ser libres, si es que hay más esclavitud (sin contar la abrumadora estupidez) en una pequeña nación que se adhiere sin amor a sus propias reglas, que en todos los anales del abusivo imperialismo o en toda la historia de los hombres negros? Con la doble diferencia de que ustedes son esclavos porque así lo quisieron y estos últimos lo fueron por obligación. Y ¿cuál será el más teso filósofo que nos explique la realidad y el sentido de una solemne verdad, como esa peculiar atea: “**No hay Dios**” que en lugar de darle libertad a los hombres que creen en ella y la aceptan, los esclaviza? y peor aun ¿Qué tipo de esquizofrenia tan aguda y espantosa sufren aquellos ateos que se sienten orgullosos de una condición a la que no aman? Es menester, entonces, que los ateos amen su ateísmo, de lo contrario serían esclavos de él, ¿y pues qué? Pues que entonces serían los hombres más tontos del mundo, porque pudiendo escoger el mejor modelo de gobierno que los dirija, escogieron para sí el que no aman ni siquiera porque creen que es el correcto, lo cual también los haría los seres humanos más dignos de lástima y conmiseración, no de cómo algunos de ellos mismos, bien optimistas, sugieren: intensa admiración. Ahora, si lo aman, me pregunto: ¿dónde en la historia de su nación, tuvo origen el amor? ¿Dónde, en toda esa larga línea teórica de la evolución Darwiniana, tuvo inicio ese Motor indescifrable que está detrás de la ciencia, esa Maquina generadora de todo arte que es el Amor? Esa propiedad intrínseca e innegable en el ser humano cuyos más débiles rayos logra inclinar aún la voluntad de los más duros y tercos doctores de su región, a las reflexiones bondadosas, románticas y con tintes poéticos y soñadores por la vida, o por la familia, o por la salud, o por la naturaleza o por los animales o por algunos otros hombres ilustres de su misma calaña y estirpe. Ese que ha dado pequeñísimas muestras de habitar en el oscurísimo interior del señor Vallejo, quien con todo su odio y toda su amargura, reconoce que “lo que hubiera querido ser en la vida es músico” solo que, como él lo dice “no tenia música en el alma.” Y... ¡uf! ¡Tanto que queda por decir! Pero en fin ¿Dónde tuvo lugar el amor, ese que despierta los **afectos** de su voluntad y la de su pueblo hacia ciertas cosas, en el “origen de las especies”? Si uno de los más brillantes ateos que ha florecido en los tristes jardines que adornan su pobre reino escéptico y quien pronunciara uno de los más ardientes y populares discursos de príncipes ateos titulado: “*Système de la nature*” (Sistema de la naturaleza) en el que aunque negó con todo su poder la existencia de Dios, traicionado por su incredulidad, confirmó al mismo tiempo y con mucho más poder, lo que Dios ya hacia tiempo, sin tanto escándalo, de manera dos mil veces más breve y diez mil veces más sencilla, había Enseñado en su Palabra y que sería usado como el fundamento de uno de los movimientos más esplendidos de la historia atea y que trataré de resumir y comunicar con mis palabras: **que el**

hombre tiene dentro de sí “escrita” “por naturaleza” toda la ley de la moralidad, y que ésta le testimonia a favor de la justicia y en contra de la iniquidad, y que el mismo hombre puede apelar a su “conciencia” y a su “razonamiento” para conocerla, confirmarla y obedecerla (Rom.2:14:15) Se puede decir, señor rey de los ateos, que fue este lema escrito por este laico, el que le dio inicio al más lucido de los movimientos ateos de su nación: el del siglo XVIII; tan lúcido que fue llamado: “el siglo de las luces” porque casi que ni cabían de la dicha de que el rayo poderoso de tantas “luces”, no solo les mostrara nuevos horizontes, sino que parecía derretirles por fin y para siempre los ojos de la fe a la humanidad. Se alegraron como ebrios de aguardiente e hicieron fiestas como locos porque, disque, según ellos mismos, fueron los que descubrieron las más sublimes propiedades inherentes de “la razón”. Cuando lo que francamente hicieron fue comprobar, otra vez, la veracidad de los textos Escriturales: que la “conciencia” testimonia que hay una ley natural, general y moral dentro del hombre, y que el “razonamiento” por decirlo de cierta manera, la lee y la enseña al mismo hombre sin la necesidad de Dios. Pues esto, señor rey de los ateos, es una solemne verdad, pero no porque sus “ilustrados” investigadores lo descubrieran y enseñaran, sino por que, como se puede ver con toda claridad, ya estaba establecido por el Dios Altísimo, y no para que el hombre se independizara del Señor sino para que a través del “razonamiento” constatará: primeramente, que la ley de Dios y la que el hombre tiene escrita en su interior es una sola, y que fue Escrita por Él. Luego, para que el mismo hombre compruebe que tal ley es buena y justa. Luego para que observe de que manera tan descarada es violada, desacatada, irrespetada por el mismo hombre. Y finalmente para que esa misma ley moral violada diera pie a un necesario Juicio Final en el que ella misma defienda o condene a su propio hombre. Pero ustedes dijeron: “si él “razonamiento” es quien nos enseña lo moral, lo que es correcto hacer ¿para qué la iglesia, para qué los predicadores, para qué la Biblia, para que la fe, para qué la religión, para qué Cristo, PARA QUÉ DIOS? tales cosas no son más imaginación, suprimidas por “la razón.” Somos nosotros ley para nosotros mismos, llenos estamos de ella. “el razonamiento” será nuestro dios, “la conciencia” nuestro predicador, esa ley buena, justa y correcta que está escrita en nuestro interior, será nuestra biblia, nuestra fuerza de voluntad será el espíritu de nuestro dios que nos ayude a cumplirla, si la obedecemos con honestidad y disciplina habremos honrado a la Naturaleza, habremos hecho bien al prójimo y tendremos un mundo lleno de paz, amor, pureza y felicidad, y descenderemos tranquilos y dichosos a la tumba para desintegrarnos satisfechos y hacer parte de la gran nada. Esa pues será toda nuestra religión, porque fuera de ella nada más existe, todo es superstición” ¡Caramba, pero si yo pude haber sido mejor ateo que muchos de los suyos! Y así, señor rey de los ateos, hicieron del “razonamiento” su mundo, su todo, su dios, y quitaron al Dios que dio el “razonamiento” y a este la facultad de enseñar. Pero bueno, volviendo al punto que deje por allá olvidado, decía que uno de estos genios no es otro que el nunca suficientemente alabado por los ateos: el barón de Holbach, quien a pesar de ser un ateo bien vigoroso dijo cosas que por provenir de su “razonamiento” son correctas: “por medio de la ley del más fuerte” dijo “ni siquiera el malo puede llegar a ser verdaderamente feliz” ¿Cómo cuadra, entonces, la doctrina Holbach con la “supervivencia de los más aptos” de Darwin? ¡Ha, no

cuadra! pero en su reino, señor rey de los ateos, poco han de importar las inconsistencias desde que sean de otros

qué importan las inconsistencias , si como dijo otro de sus hijos, uno de los más alzados y groseros, el señor Vallejo quien insinúa que la verdad solamente es un “espejismo”, debe serlo para él solo porque ¿Quién que lo conozca bien, no sabe el este pobre intelectual duda hasta de su propia existencia?

Cómo lo estimo: ¿perverso o burlador?

2. Por favor tome asiento. Supongo, señor ateo, que el hecho de que usted y yo seamos tan contrarios en nuestras doctrinas, le hará pensar, no solo a usted sino también a algunos otros, que yo debiera, si es que verdaderamente soy celoso del Evangelio que predico, ni siquiera hacerle sentir “mi más enérgica protesta”, como decían los grandes oradores, sino más bien, mi rechazo más agresivo. Pero no señor ateo, esa forma violenta casi siempre es inútil para todo menos para lo malo, porque nutre más el morbo de los Fulanos, el desprecio de los Menganos y la adulación de los Zutanos, que la enseñanza clara o la edificación de Dios. Como ese señor Vallejo, que teniendo tan buen decir, tantas cosas importantes que recordarles a los católicos, y tantos crímenes nuevos y olvidados que denunciar de la iglesia romana, arranco a hacerlo todo de una manera tan tonta, con la racionalidad bestial de alguno de esos animales que tanto venera, que es mas digno de pesar por su grande e insufrible resentimiento, que de admirar por su poderosísima diatriba. ¿Cuántos pueden tomarlo en serio? El rencor, señor ateo, no mueve a los valientes, sino a los cobardes. Así que no tengo ni la intención, ni el permiso de desaprobarte nada, y mucho menos de esa manera. Además, aunque considero que sus enseñanzas son algo peligrosas, y con la venia de aquellos que por creerlas y seguirlas han llegado a los infiernos, lo estimo más como un burlador, que como un adversario perverso. Cosa que no debiera sorprenderle mucho, no tanto por lo que usted sabe que yo pienso de su enseñanza, sino porque varias veces usted ha consentido elaborar muchos argumentos que, aunque insustanciales del todo, defienden su honor ateo, si bien con la severidad de un arlequín, con toda la seriedad de un caballero. Y aunque odio con toda mi alma su insolente saber, debo reconocer, sinceramente lo digo, que algunas veces su saña verbal contra mi Señor, absurda pero ingeniosa, quizá por lo absurda, quizá por lo ingeniosa, en vez de darme mal genio, y semejanza de Elías con los profetas de Baal, me ha hecho totear de risa, (1Re.18:27). Como esa de que un Cristiano le objeta a un ateo: “Tú no puedes probar que Dios no existe” y este le responde “¿Y?” O aquella en donde el mismo cristiano insiste “pero Hay muchas cosas maravillosas en el mundo, ¿cómo puedes decir que Dios no existe?” y nuevamente el ateo le responde: “Pues es muy fácil: Dios no existe, ¿ves?” O esa otra en donde este mismo creyente dotado de una paciencia del tamaño del Himalaya, subsiste: “Einstein creía en Dios ¿Te crees más listo que Einstein?” y el mismo ateo, sapientísimo como siempre, le responde: “Si él creía en Dios, sí.” Y qué tal esta donde este San Perseverancia, en su duro y admirable intento por llevarse a semejante majestad de la filosofía a los Cielos Eternos, le argumenta: “Hay testigos de que Jesús obró milagros” y el mismo eruditísimo ateo le responde: “Hay testigos

de la existencia de Pie-grande...y de gente secuestrada por extraterrestres.” Y qué decir del final tan magistral de tan riquísimo dialogo entre la constancia y la sabiduría, en el que la constancia proclama: “Te llamas ateo pero tienes fe. Todo el mundo tiene fe en algo” y la sabiduría le responde: “Tengo fe en que esta conversación está yendo a ninguna parte, ¡chau!” ¡Lo ve señor ateo! Riámonos pues juntos, porque el hombre, salvo su talento para hacer humor ateo y su eficacia para probar la calidad de nuestra paciencia cristiana, no es, ni muy útil para usted, ni una gran amenaza para nosotros. Y sin embargo, señor ateo, ¡cuántos de los suyos no dejan de ser como él, que abordan por las calles de la vida a los transeúntes creyentes, y amenazándoles la fe con la agudeza, grandeza y esplendor de sus palabras, los envían, o riéndose para la iglesia, o en vez de con alguna duda en el corazón, con fuertes dolores de cabeza!

CAPÍTULO II

¡LA BIBLIA ES MI ARMA!

No tiene por qué extrañarle.

5. Quisiera recordarle también, señor ateo, que estaré mencionando constantemente lo que nosotros creemos, firmemente, es la infalible Palabra de nuestro Dios. Sí señor ateo, la misma, esa de la que usted tanto y tan miserablemente se ha mofado. Procure no desanimarse demasiado, pues no veo la razón por la cual usted debiera esperar de mí algo diferente a aquello que son las habituales, normales y conocidas labores de un predicador. Sé que usted no cree en la Divinidad de las Escrituras, mucho menos en su inerrancia, pero le recuerdo señor ateo, que el ateo es usted, no yo.

CAPÍTULO V

EL ATEO QUE TODOS LLEVAMOS DENTRO.

Dónde se aloja.

19. Ahora, quiero hablarle de algo que probablemente usted ignora. Mire a su alrededor señor, mire a la humanidad. Entre tantos vicios y espantosas maldades que se esconden en el hombre, entre tantos, innumerables, y perversos inquilinos que desgraciadamente se hospedan en un viejo hotel llamado *“el pecado que mora en mí”* (Rom-7:17-20) que se halla ubicado en alguna zona dentro de nuestro ser, hay uno que responde al nombre de “ateo”. Sí señor, ¡todos tenemos un ateo dentro

de nosotros, al igual que otros infernales y asquerosos enemigos de nuestro Señor! ¿No le parece admirable, señor ateo, la labor que hace el amor propio? ¡A mí sí! Bueno, pues aquellos que convencidos e indignados niegan que sus corazones sean casa de este demonio, es posible que estén tan pero tan lejos de Dios, que nunca hayan requerido de sus ataques, y por lo tanto no lo perciben. Puede que esté dormido, pero esta; puede que no se manifieste, pero dentro de todos habita; y usted, señor ateo, es la prueba fidedigna de esta verdad.

Los hombres más eminentes de la religión lo han sentido.

21. Observe por allí a un pequeño grupo de predicadores honorables, sabios y celosos de la fe y la Verdad. Ellos aman a Dios por sobre todas las cosas. El testimonio de sus corazones es definitivo, firme y contundente: imorirán antes que negar al Creador! Sin embargo, señor ateo, aun conservan en algún lugar dentro de ellos, aquellos grotescos enemigos que un día fueron los dueños y señores de sus entonces miserables existencias. Entre ellos, el enemigo ignominioso de quien venimos hablando, el demonio del ateísmo. Quizá ellos nunca habían sentido con tanta fuerza las arremetidas de éste en contra de su Dios, sino hasta cuando más procuraban acercarse a Él. Pues este, su amo señor ateo, ha atormentado algunas veces, ¡y con qué crueldad diabólica!, la vida de estos santos hombres de Dios, lanzándoles con furia certeros y filudos “**dardos de fuego del maligno**” (Efe.6:16) que para este caso destilan el agonizante veneno de la duda. Algunos de ellos han sentido nuevamente la muerte en sus espíritus revividos, y han visto gravemente intoxicadas sus almas regeneradas. Con la “firmeza” en coma, han tenido que enseñar “fe”, y han predicado “vida eterna” a la humanidad, con una terrible estaca de duda atravesándoles la mente la garganta y el corazón. Por esa inducida enfermedad, han visto desaparecer al Señor que tanto amaron, y en su delirio, vieron marchitar aquel paraíso de la esperanza del que tanto enseñaron. Fueron como “*el pelicano del desierto*” y como “*el búho de las soledades*”, sí, se sintieron como “*el pájaro solitario sobre el tejado*” (Sal.102:6-7), pues ya no hallaron Cruz, ya no hallaron Vida, “¡Ho, dónde estás Señor!” gritaron, porque ya no hallaron nada. Y han clamado con el horror de quien ve la muerte: “*¡Señor, sálvanos que perecemos!*” (Mat.8:25) “¡ah, Señor!” han exclamado “¡si es verdad que no existes, yo tampoco quiero existir! ¡Si todo lo he puesto en ti: mi amor, mi voluntad y mi esperanza, y no existes ¿Qué vengo a ser yo entonces?! ¡¿Para qué vivo si no tengo nada? y de lo que veo, nada me gusta tanto como tú; nada me atrae tanto como Tú; a nada puedo amar más de lo que te he amado.”! Y gritan como dementes horrorizados “¡Ay, qué cosa mas extraña he hecho, qué miseria, qué locura, ¿será que me he enamorado de una mentira?!”

CÓMO LLEGÓ USTED A VOLVERSE UN ATEO

Seduciones de un demonio.

23. Ahora, quiero compartirle lo que yo creo que sucedió con usted para que llegara a volverse lo que es. Quiero hablarle de cómo aquel demonio jugó con usted de la misma manera en la que un gato hambriento juega con un ratón. Uno de esos

tantos días en los que el infierno procuraba asegurarlo, se valió de uno de sus más terribles y sutiles secuaces que se hallaba infiltrado dentro de su ser. Cuando todo estuvo planeado ¡asechó! Se asomó coquetamente por la ventana de su imaginación, con la misma gracia con la que uno de esos malditos hombres degenerados asecha por las calles a los niños con un dulce en la mano, para luego hacerlos pobres víctimas de su endemoniada lascivia. Así se acercó él a usted; trayendo en sus manos brillantísimas joyas. Brillantísimas joyas sacadas del viejo, vano, infernal y muy peligroso cofre del “libre pensamiento.” Brillantísimas joyas cuyo brillo solo abre los ojos de los desprevenidos para cegarlos con sus destellos, y cuyo propósito es atraer al hombre para luego arrojarlo al precipicio de la duda, donde por lo profundo y oscuro de este, aquella realidad del “*eterno poder y deidad*” de Dios, que “*se hacen **claramente visibles...por medio de las cosas hechas***” (Rom1:20), tristemente desaparece.

Su atención y luego su consentimiento.

24. Luego, una vez que éste peligroso enemigo hubo captado su atención, y valiéndose de seducciones y degustaciones de juegos y viajes imaginarios, logró su aprobación para seguir visitándolo. Usted consintió su compañía, y no hubo desde entonces día en el que este no se apremiara, o fuera apremiado, a aparecerle. Usted “*amó la maldición, y esta le sobrevino*” (Sal.109:17). Le sorprendía en las mañanas. Dios los observaba en las tardes, cuando se reunían en la habitación de su mente para conversar. Aun en las noches estaban juntos; cuando usted se hallaba en la cama sumergido en algunos de esos pensamientos que preceden al sueño ¡él lo interrumpía!

“Te llevaré a un lugar nunca antes visto”

25. La presencia de este demonio como sus palabras, se hicieron cada vez más fuertes en su vida. Se hizo un vicio para usted el suponer que no existía algo como Dios. Fue excitante para usted ir hasta los cielos y hallarlos completamente vacíos. Su corazón latía con fuerza por la impresión de lo que descubría. Su boca descolgaba de asombro por lo que veía. Su mirada se deslizaba perdida por sobre la gran nada. Y su cerebro se había pasmado. Era algo sumamente extraordinario ¡no es cierto! Pero no se dio cuenta, señor ateo, que la tremenda conmoción y la indescriptible sorpresa que le producían esos pensamientos, se asemejaban mucho a las estrambóticas alucinaciones y destructivas maravillas que contempla un joven cuando ha intoxicado su cerebro con la adictiva droga dura. Tanto éste como usted, disfrutaron por un momento de un mundo desconcertantemente lógico, donde lo abstracto tenía mucho sentido, pero un mundo, también, triste, solo, y peligrosamente irreal; en el cual ¡ambos se han quedado atrapados!

La conciencia, testigo de Dios al hombre.

B. Leemos también, y más claramente que, “*TODOS los hombres*” que “*en TODO lugar*” caminan lejos de los territorios de Dios y de su Glorioso Gobierno, aun cuando no han visto la Ley de Dios y no la conocen y no saben nada de Ella, con todo, “*hacen por naturaleza lo que es de la ley*” “*mostrando*” así “*...la obra de la ley ESCRITA EN SUS CORAZONES.*” Y aun más: “*dando testimonio su conciencia*” y mucho más: “*y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos.*”

(Rom.2:15). Una Ley recta escrita, qué digo escrita, i esculpida en el corazón de piedra de cada hombre! una conciencia que testifica, y aun puedo decir que algunas veces hasta a gritos, la existencia de esta Ley; y un razonamiento que tiene la capacidad de entrar, escudriñar y descubrir su realidad, su veracidad, su legitimidad itodo esto sin contar a Cristo, Su Palabra, Su Espíritu y Su Iglesia que por medio de esa dispensación llamada Evangelio atestiguan de Dios y de Su Santa Ley! ¡Cómo ha puesto Dios interés en obstaculizar el “*espacioso camino*” del error que conduce al hombre a la condenación! (Mat.7:13). ¡Pero, por nuestro Dios, qué clase de hombres somos! ¡Aun con todo y esto, con toda esta prevención, advertencia y amenaza, insistimos e insistimos en arrojarnos como locos a las despiadadas llamas del infierno! ¡Casi que podemos oler el humo, casi que podemos oír los gritos de desesperación de las almas eternamente pérdidas y consumidas por el horror, y con todo, no tememos, no nos asustamos, no frenamos, no buscamos esperanza!

Entrega del libro.

D. Un Día, señor ateo, “*el día en que Dios...juzgará los secretos de los hombres*” (Rom.2:16), todos estos “*libros*” serán entregados al Juez Supremo y Justo, cuyo nombre es Jesucristo y Quien estará sentado en el Trono del Juicio terrible. Allí estará nuestro Señor, Sentado como un Temible Rey Grande, sin Misericordia e Implacable para con los hombres que se pierden, y teniendo en su poder los “*libros*” ilas pruebas irrefutables que dan testimonio de la pecaminosidad y la culpabilidad de los acusados! y por Él serán “*abiertos.*” Y leídos (Apo.20:12). Y al lado de estos “*libros*” ¡Uno más! Uno en el cuál se encontraba aquellas cosas que para la protección y el bienestar del hombre se le enseñaba a hacer mientras estuviera en este mundo. Uno en donde se le daban sencillas, preciosas, valiosas y cuidadosas indicaciones al hombre acerca de a Quién debía recibir como Señor, Salvador, Esposo, Compañero y Amigo Fiel y Eterno, para transitar por el camino de la vida en esta tierra y al final ser librado de este pavoroso momento. Ese otro Libro es ila ley, la Ley de Dios! esa Ley que debía ser estimada, valorada, respetada, obedecida y amada por el hombre, con la total ayuda Cristo, pero que en cambio fue tenida “*por cosa extraña*” (Ose.8:12). Esa Ley, la Eterna, la Preciosa, la Palabra de Dios, la Biblia, el “*Libro de la Vida*” (Apo.20:12), Ese “*Libro*” siempre presente aquí, no estará ausente allí. Estuvo en favor del hombre aquí, pero allí estará en su cóntra. Aquí era su consejero, allí será su juez ¡Qué horrible será ver que las Grandes Riquezas de ese “*Libro de la Vida*” que estaban almacenadas en él y dispuestas para enriquecer el alma de los hombres, ahora caigan como pesados bultos sobre algunos de ellos, para aplastarlos hasta el eterno infierno! ¡Ay! ¡Que nuestro Señor tenga misericordia de nosotros, y nos ayude a entender esto, para “*alcanzar misericordia y hallar gracia para el OPORTUNO socorro*”! (Heb.4:16).